

Mourad Zarrouk

MICROHISTORIA E HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN

[SENDEBAR, No. 17, 2006, p.5-19]



MICROHISTORIA E HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN

Mourad Zarrouk
Escuela Superior de Traducción Rey Fahd
Universidad Abdelmalek Essaâdi

Resumen

La microhistoria no es una metodología que se nutre de una larga acumulación de teorías. Es más bien una opción relativa a la investigación en el campo de la historia. Esta opción es una manera de buscar otra dimensión en la indagación en el pasado en general. La microhistoria es una manera de recuperar la historia de personajes anónimos y de acontecimientos menos relevantes. *La gran matanza de gatos*, de Robert Darnton es un ejemplo entre otros que nos muestra como podemos volver a un acontecimiento tan *insignificante* como una masacre de gatos en una imprenta de París en el siglo XVIII para analizar el contexto y sus más “serios” aspectos. La reducción de la escala de observación permite, en el marco de la historia de la traducción, analizar con precisión la actuación de personajes (en este caso los intermediarios lingüísticos) y de acontecimientos relegados al segundo o tercer plano. El lugar reservado por la historia a estos personajes discretos convierte, quizás, la microhistoria en el método más apropiado para estudiarlos.

Palabras clave: microhistoria, historia de la traducción, truchimanes, metodología, reducción de la escala de observación.

Abstract

The Microhistory is a choice related to the studies made on history more than a methodology which is based on a lumping of theories. This choice is a way to search another dimension while going on a journey to the past in general. The microhistory is a way to retrieve the history of anonymous characters and that of the less outstanding events. *Le Grand Massacre des Chats* by Robert Danton is one of the examples which show us how can we go back to an event as « trivial » as a killing which took place at a printing office in Paris during the XVIII century, in order to analyse precisely the behaviour of characters (such as translators), and the events relegated to the second or third position. The position given by History to those inconspicuous characters may make the microhistory the most suitable method to study them.

Keywords: Microhistory, history of translation, translators, methodology, level of observation reduction.

1. Introducción

La Historia de la Traducción, entendida como ejercicio de rescate del pasado de los intermediarios lingüísticos, constituye una disciplina no exenta de problemas. Algunos tienen que ver con la falta de datos, y otros con las interferencias conceptuales entre el pasado de las reflexiones teóricas y los acontecimientos históricos relacionados con la traducción y los traductores e intérpretes. Nuestra propuesta en este artículo —la posibilidad de utilizar la microhistoria como procedimiento historiográfico en nuestro campo y la consecuente reducción de la escala de observación al estudio de las trayectorias y experiencias de los traductores e intérpretes— no pretende aportar ninguna solución general al problema de la metodología en la investigación en historia de la traducción. Antes bien se trata de la modesta sugerencia de que, entre los elementos abarcados por la visión microscópica propia de la microhistoria, figuren traductores e intérpretes cuyas trayectorias o experiencias personales son susceptibles de encajar en el marco de una escala de observación minúscula. Al fin y al cabo la microhistoria está hecha para estudiar personajes modestos, y ciertamente escasos son los intermediarios lingüísticos que consiguieron esquivar este rasgo característico de los truchimanes.

2. Crisis conceptual

Resulta muy oportuno, antes de pasar a reflexionar en torno a nuestra propuesta, que a la postre no es sino una más entre los procedimientos historiográficos aplicables a la historia de la traducción, comenzar ofreciendo al lector un breve repaso del estado de la cuestión. Y adelanto a modo de conclusión general que no es en modo alguno exagerado afirmar que esta rama de los Estudios de Traducción vive una profunda crisis conceptual: la investigación relativa al pasado de una de las disciplinas más antiguas en la existencia humana se debate en el caos.

2.1. El problema de la periodización

Para empezar, tratar de determinar cuáles son los orígenes de la traducción es poco menos que un brindis al sol. Si la traducción escrita se puede remontar al origen de la escritura, hace no más de 5000 años, la traducción oral, lo que hoy llamamos interpretación habría surgido en una época primigenia e indeterminada. En este sentido, Julio César Santoyo escribió:

El primer período que denominaré de la traducción oral, se inició quizá con el uso primero del lenguaje: durante miles y miles de años allí donde hubo —y ciertamente hubo— necesidad de relación intercomunitaria, tuvo que haber también, por necesidad, traducción oral o interpretación. (Santoyo, 1987: 7)

Acaso lo más prudente fuera calificar esta etapa de “*prehistoria* de la traducción” y abordarla con todas las precauciones precisas para no poner la investigación en peligro de extravío científico. Centrémonos, pues, en las etapas menos oscuras.

No cabe duda de que existen interpretaciones muy diversas de la historia de la traducción basadas, no en las versiones de los hechos mismos que la conforman, sino en la perspectiva desde de la cual se establece su periodización. Así, para Margarita Soltero, cada crítico ha dividido la historia de la traducción en diferentes etapas según la mayor o menor relevancia que otorga a un acontecimiento concreto (Soltero, 1995: 451-458). Y es cierto: los historiadores de la traducción han parcelado el pasado de esta actividad de distintas formas marcando pautas cronológicas en función de los elementos o acontecimientos que querían resaltar. De hecho, la mayoría de ellos tiende a resaltar en el devenir de la historia de la traducción la aparición de una u otra reflexión teórica sobre la misma, convirtiendo ese momento destacado en el principio de una nueva etapa. En este sentido, George Steiner, en un capítulo que lleva el significativo título de “Las pretensiones de la teoría”, afirma que teoría, práctica e historia de la traducción pueden reunirse tomando en consideración cuatro periodos: el primero comienza con Cicerón y su célebre precepto de traducir *verbum pro verbo*, que se remonta al año 46 a. de C., y se extiende hasta Höderlin, que cierra esta fase en 1804. Friedrich Schleiermacher inaugura con su ensayo *Ueber die verschiedenen Methoden des Uebersetzens* la siguiente etapa en 1813. Esta etapa se caracterizó por la teoría y la investigación hermenéutica. En 1946, Valéry Larbaud, con su obra *Sous l'invocation de Saint Jérôme*, da comienzo a una tercera etapa que se dilata hasta los años sesenta y, sin rupturas apreciables, autores como Benjamin, Heidegger, y Hans-Georg Gadamer dan paso a la cuarta y última etapa, caracterizada por el establecimiento de un contacto más íntimo entre la traducción y otras disciplinas como la psicología, la antropología y la sociología, así como con algunas de sus disciplinas intermedias: etnolingüística y sociolingüística fundamentalmente (Steiner, 1998: 327-330).

Exactamente en el mismo sentido se decanta J. C Santoyo. Para él, la historia de la traducción se divide en cuatro etapas: la primera, que denomina “de la *traducción oral*”, como apuntábamos antes, empezó acaso con la aparición misma del lenguaje. La segunda, “de la *traducción escrita*”, principia poco después de la invención de la escritura, hace cinco o cinco mil quinientos años. La tercera etapa la inicia Cicerón. No debemos entender que este período se caracteriza por la desaparición del ejercicio oral o escrito de la traducción, antes bien, lo que Cicerón introduce es la novedad de analizar la actividad traductora. La cuarta etapa, “de la *teorización*”, comienza con Alexander F. Tytler (*Essay on the principles of Translation*, 1791) y Schleiermacher (1813) y se extiende hasta la actualidad (Santoyo, 1987: 7).

Otro estudioso, Valentín García Yebra, considera que la historia de lo que hoy se denomina “cultura occidental” comienza, paradójicamente, en el Próximo Oriente (García, 1994: 11). Por ello, en el largo recorrido que sigue a través de la historia de la traducción, pone el acento sobre la traducción y sus distintos contextos en Oriente.

En su viaje por la historia de la traducción, García Yebra repasa acontecimientos tales como las distintas traducciones bíblicas, las traducciones en el contexto árabe, la Escuela de Traductores de Toledo, las traducciones “renacentistas”, etc. (García Yebra, 1989: 291-387). No obstante, su recorrido histórico termina en el siglo XVII (Soltero, 1995: 451-458).

Dicho esto, se aprecia que la periodización de la historia de la traducción no ha sido en absoluto objeto de unanimidad. Esta situación ha dado lugar a diferencias radicales en lo que a la determinación de sus etapas se refiere. Steiner, por ejemplo, considera que sólo la primera etapa de la historia de la traducción se extiende a lo largo de unos 1860 años —desde el 46 a. de C. hasta el 1813 d. de C.—. Decía Fernand Braudel que todo trabajo histórico descompone el tiempo pasado y escoge entre sus realidades cronológicas a la luz de preferencias más o menos conscientes. Este comentario de Braudel entra en el marco de una comparación entre la historia de larga duración y la historia de los acontecimientos o episódica (*événementielle*). Braudel considera que la historia tradicional, atenta al tiempo breve, al individuo y al acontecimiento, desde hace largo tiempo nos ha habituado a su relato precipitado, dramático y de corto aliento (Braudel, 1979: 64). Se nota también que tanto Santoyo como Steiner incluyeron en su división de la historia de la traducción etapas que dieron un vuelco a la historia de la teoría de la traducción.

A este respecto consideramos que la historia de la traducción debe reconstruirse independientemente de la historia de las ideas sobre la traducción, es decir, de la historia de la teoría de la traducción. Las ideas sobre los procedimientos de traducción y los problemas que plantea el ejercicio de tal actividad, efectivamente, fueron expuestas en distintas fases cronológicas y en el marco de la reflexión sobre la forma del texto traducido. Sin embargo, la historia de la traducción, en su sentido más ortodoxo, ha de versar sobre la relación del Hombre con esta actividad en su dimensión práctica; debe analizar en qué circunstancias el Hombre procuró anular las barreras lingüísticas y estudiar el modo de proceder de los traductores, el contexto histórico e ideológico de la actividad traductora, etc.

No pretendemos, por el hecho de defender el establecimiento de una “línea de demarcación” entre la historia de la traducción y de los traductores y la historia de la teoría de la traducción, proponer la creación de ramas de especialidad inconexas en el campo de los Estudios de la Traducción. A nuestro juicio, es necesario respetar el “paralelismo geométrico” entre ambas “historias”, mas este paralelismo no ha de ser rígido de suerte que impida la interconexión: por ejemplo, una historia de *Bayt al-Hikma* (la Casa de Sabiduría) de Bagdad¹ resultaría siempre incompleta y parcial

1. *Bayt al-Hikma* fue una biblioteca y oficina de traducciones en la que se vertieron al árabe obras de filosofía griega y obras científicas durante la época del califa al-Ma'mūn (813-833), aunque probablemente su creación pueda remontarse a los días de su padre, el famoso califa Harūn al-Rachid (786-808).

si no tuviera en cuenta tanto los procedimientos y trabajos de los traductores como sus reflexiones.

Cabe señalar que a la hora de hablar de la historia de la traducción hay que tener presente que sólo ha sido rescatada una parte del pasado de la traducción y algunos de sus principales actores. Se puede hablar de líneas maestras de la historia de la traducción, pero habrá que averiguar qué otras líneas maestras fueron excluidas, debido a los distintos *egos* de los historiadores de la traducción, o sencillamente al hecho de ser irrecuperables. Amplios capítulos de la historia de la traducción siguen yaciendo en las tinieblas del olvido en espera de nuevas plumas, susceptibles de sacarlos a flote. Valentín García Yebra describió con estas palabras las lagunas que padece la historia de la traducción:

No se ha escrito hasta ahora una historia que abarque las principales manifestaciones de esta actividad cultural desde sus comienzos hasta nuestros días en todas las literaturas. Tal empresa sobrepasa las fuerzas de cualquier individuo, incluso las de un equipo amplio y bien concertado. (García Yebra, 1994: 11)

2.2. *¿Qué historia para la traducción?*

Así pues, la incorporación de la Historia de la Traducción a los Estudios de Traducción no ha estado exenta de problemas. Entre ellos hemos apuntado las “interferencias” entre la historia de la traducción y la historia de la teoría de la traducción. Asimismo, hemos señalado el problema, derivado del anterior, que plantean los distintos intentos de periodización de la historia de la traducción fundados en tal interferencia. Se puede decir, por tanto, que por “historia de la traducción” se entienden cosas muy distintas. Dicho de otro modo, el de “historia de la traducción” es un concepto que se reduce en función de los distintos campos de interés, de modo que muchas veces su objeto de estudio no va más allá del texto traducido, o del estudio de la transmisión de textos determinados en contextos muy específicos. No es ninguna aportación novedosa el hecho de aseverar que, en general, las trayectorias de los traductores e intérpretes, su papel como protagonistas de esta actividad, y la situación de la traducción y de los traductores e intérpretes en los grandes acontecimientos en los que hubo contactos lingüísticos, no gozan todavía del debido interés. No nos atrevemos a zanjar un tema como éste, pero opinamos que el hecho de que gran parte de los historiadores de la traducción tengan formación de lingüistas explica, en cierta medida, esta realidad. Por lo tanto legítimamente podemos preguntarnos: ¿Por qué el descubrimiento de América, la expansión colonial europea del siglo XIX o los juicios de Nuremberg no constituyen puntos de inflexión decisivos en una periodización de la historia de la traducción?

Por otra parte, cuando no se trata de historia de la teoría de la traducción, el privilegio es para la traducción literaria. De modo que son numerosísimos los

trabajos en este campo que versan sobre traductores literarios, escritores que emprendieron la aventura de traducir textos literarios, o sobre los mismos textos literarios traducidos. Aquí también se plantea el problema de la ausencia del contexto histórico, puesto que el objeto de estudio es, esencialmente, estático, ya que se trata en este caso del texto estudiado o del autor, o del *coautor* de esta producción: el traductor literario.

De manera significativa, el examen de los artículos que figuran en el ya citado repertorio de J.-C. Santoyo (1987) [Traducción, traducciones, traductores. Ensayo de bibliografía española] permite constatar que aproximadamente la mitad de ellos corresponde a estudios clasificables en primera instancia como históricos, pero su objetivo en casi todos los casos son los traductores o los textos literarios traducidos. (Lépinette, 1997: 2)

Dicho esto, hay que reconocer también que el traductor está captando paulatinamente el interés de los estudiosos. Pero, desde nuestra perspectiva, el objetivo de ello radica en la mayoría de los casos en mejorar el análisis textual incluyendo en el estudio elementos externos relativos al traductor o al contexto histórico. En palabras de Jean Delisle:

Los traductólogos han mostrado la importancia de colocar al traductor en el centro de la reflexión sobre la traducción. Han adoptado la idea de que el traductor manifiesta su presencia en sus trabajos, deja en ellos su propia huella consciente o inconscientemente. Ninguna obra es independiente de su creador, y la obra traducida no representa una excepción. Es imposible realizar un análisis completo de una obra sin tener en cuenta, en primer lugar, su autor: ¿Qué visión tenía? ¿Ha cedido ante las obligaciones inherentes al ejercicio de la traducción? ¿Ha quebrantado alguna que otra obligación? ¿En qué circunstancias trabajó? ¿Dónde? ¿En qué época? ¿Para quién trabajó? ¿Para lograr qué objetivos? ¿Qué factores externos influyeron en su manera de traducir y le llevaron a modificar el texto original, e incluso a autocensurarse? La respuesta a todas estas preguntas habrá que buscarla fuera de los textos traducidos. (Delisle, 1999: 1)

Resulta difícil no compartir las ideas expuestas por Jean Delisle en esta reflexión. No obstante, consideramos que este planteamiento sugerente puede liberarse fácilmente de la “sombra del texto”. Esta reflexión es tan ampliable que puede abarcar a todo tipo de traductores e intérpretes: de los traductores oficiales a los intérpretes de conferencia. El concepto de texto se puede ampliar: no ha de ser forzosamente encarnado en un libro.

3. La microhistoria y el pasado del truchimán

Teniendo en cuenta el carácter del intermediario lingüístico, sobre todo del intérprete, y la naturaleza de las tareas que le incumbieron en ciertos momentos de la historia, se puede considerar la microhistoria un procedimiento historiográfico perfectamente válido para reconstruir la trayectoria del truchimán. Ello se debe tanto a las peculiaridades de este método como a los rasgos característicos de las experiencias de muchos traductores e intérpretes.

3.1 La microhistoria y las “insignificantes” trayectorias de los truchimanes

La microhistoria, en tanto que concepto, no está exenta de ambigüedades en lo que a su origen y significado se refiere. Fernand Braudel utiliza en su *Traité de sociologie*, dirigido por Georges Gurvitch (1958), el término *microhistoire* para designar algo muy concreto y totalmente distinto del significado actual del término. Braudel se refería sencillamente a la *histoire événementielle*, a aquella historia tradicional contra la cual manifestaba una palpable hostilidad (Ginzburg, 1994: 13-42). Un poco más tarde, en 1968, el estudioso mexicano Luis González y González publica su monografía *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. Esta obra, que aborda las transformaciones experimentadas a lo largo de cuatro siglos en uno de tantos pueblos olvidados, respondía al elemento de la tipicidad característica del objeto. A ello hay que añadir un dato muy importante: este lugar ignorado era el pueblo natal del autor. Debido al éxito de *Pueblo en vilo*, Luis González se animó a teorizar sobre su enfoque y a defender el método (Ginzburg, 1994: 13-42).

No obstante, lo que nos interesa aquí es la microhistoria en tanto que teoría historiográfica forjada en una serie de publicaciones italianas. Giovanni Levi (1998: 119-143) resumió sus características definitorias:

Estas son, pues, las cuestiones y posiciones comunes que caracterizan la microhistoria: la reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo.

En 1976, Carlo Ginzburg publicó *Il formaggio e i vermi*, obra en la que reconstruye las ideas y conducta de un molinero de Friuli del siglo XVI procesado y condenado por la Inquisición. Después de estudiar detenidamente el correspondiente material documental, Ginzburg rescató la trayectoria de un personaje “cualquiera”. El hecho está lejos de ser un mero lujo intelectual sin otro sentido que saborear de manera extravagante todo el proceso de búsqueda y captación de especímenes bizarros de nuestra historia ordinaria. La microhistoria no es ninguna historiogra-

fía *menor*, tal y como la ha calificado Richard Cobb, frente a una historiografía *mayor* centrada en los grandes y poderosos; ni tampoco, el fruto de una irónica simpatía por personajes tímidos, modestos o provincianos (Ginzburg, 1994: 13-42). La microhistoria es un procedimiento que goza de una plena legitimidad científica. Ahora bien, ¿qué relación puede establecerse entre la microhistoria y la historia de la traducción?

Estudiar el pasado de los traductores o intérpretes no es sino una manera de replantearse toda una serie de acontecimientos pretéritos que tuvieron lugar en un escenario que se despojó de sus protagonistas, situando al *comparsa* habitual en el centro de la atención. Este es el principal objetivo de los historiadores de la traducción.

En la historia de la traducción, los hechos relevantes y los protagonistas principales se convierten en elementos que iluminan la trayectoria de los traductores e intérpretes, artífices discretos de los acontecimientos históricos. Los “protagonistas” devienen así elementos relegados a un segundo plano ante la presencia hegemónica de la figura del truchimán.

Resulta muy difícil desmarcarse del modesto molde en que la historia ha vaciado la figura del traductor. Este discreto intelectual está obligado a permanecer en nuestro imaginario como un eterno auxiliar. “Desconocido, sentado en el último sitio, servicial hasta el aniquilamiento de su personalidad intelectual”: para Valéry Larbaud, estos son los rasgos característicos del traductor (Larbaud, 1946: 9). No tiene otra alternativa: ha de respetar los poderes existentes, sobre todo cuando éstos manejan los cordones de la bolsa (Lefevre y AAVV, 1995: 137). Este rasgo casi definitorio del truchimán le convierte en un objeto de estudio fácilmente trasladable al campo de la microhistoria. Volvamos a Ginzburg. Éste explicaba como sigue las dimensiones de su trabajo sobre el molinero de Friuli:

Reducir la escala de observación significaba transformar en un libro lo que, para otro estudioso, hubiese podido ser una simple nota al pie de página en una hipotética monografía sobre la Reforma protestante en Friuli. (Ginzburg, 1994: 13-42)

La escala de observación reducida nos permite dilatar las dimensiones del personaje que nos interesa, que en este caso es el truchimán, independientemente de las dimensiones de otros personajes susceptibles de eclipsarle o de la gestión cronológica del periodo estudiado. De este modo, una investigación sobre la figura de Aníbal Rinaldy, el intérprete de la Legación de España en Tánger durante la segunda mitad del siglo XIX; sobre un sirio católico de Italia o un preso musulmán de Malta, entre otros tantos que acompañaron a Bonaparte en su Campaña de Egipto; o sobre la figura de Pierre Ruffin, intérprete y orientalista francés que representó a su país ante el Gran Turco, un trabajo tal, decíamos, fuera de la microhistoria no hubiera pasado de ser una modesta nota al pie de página, respectivamente, en una investigación sobre las relaciones hispano marroquíes en el contexto de la gestación

colonial, sobre Napoleón y su labor de atracción en Egipto, o sobre la diplomacia francesa en el Imperio Otomano a finales del siglo XVIII.

En el ámbito de la historiografía *pura*, la microhistoria ha sido objeto de diversas descalificaciones por parte de quienes consideraron que no ofrece nada relevante, sólo anécdotas o casos excepcionales, lo que a la postre daría como resultado una historia indiferente (Serna y Pons, 1993: 95). En este contexto, las palabras claves son “indiferencia” e “irrelevancia”. Puede que el debate entre historiadores *puros* sea ajeno a los intereses de los historiadores de la traducción, pero lo cierto es que hasta las descalificaciones más crudas contra la microhistoria cuadran con las impresiones que los intermediarios lingüísticos del pasado, y también los del presente, suelen ofrecer. Al fin y al cabo, ¿qué es la historia de la traducción para quienes se interesan solamente por los protagonistas poderosos y los momentos claves de la historia? Es, sencillamente, la consagración de lo irrelevante o la exaltación de lo excepcional y, en cuanto tal, secundario. Por ello, estamos convencidos de que una metodología diseñada para reconstruir trayectorias modestas en el marco de un proceder microanalítico es una manera acertada de narrar la experiencia de los truchimanes, esos “viajeros discretos de la historia”, como los calificara Jean François Joly.

3.2. La reconstrucción de experiencias de truchimanes en acción

Con todo, la afirmación anterior no implica que este método sea igualmente aplicable a todos y cada uno de los traductores o intérpretes cuya trayectoria es susceptible de ser reconstruida. Muchos no tienen ninguna *historia* que ofrecernos, en el sentido de que su labor consistió en aportar traducciones que, por muy importantes que puedan ser, no sacan a su autor del carácter monástico de una vida intelectualmente laboriosa y escurridiza. En otras palabras, no existe la dinámica que cualquier experiencia o trayectoria personal suele conllevar: en estos casos, la vida del traductor se desarrolla al margen de su actividad, o viceversa. Se necesita una trayectoria con principio y desenlace. A veces, incluso, ni siquiera el desenlace es necesario: recordemos al protagonista de *El buscador de gloria*² (Testón, Sánchez y Hernández, 1998). Es suficiente un punto de partida y una acumulación de hechos sometidos a una escala reducida de observación.

Algunos truchimanes, por el contrario, empezaron como simples auxiliares y acabaron en las más altas esferas del poder. Éstos tampoco caben en el marco de un análisis microscópico, ya que la calidad de *don nadie* que los convertía en objeto de

2. El desenlace de la trayectoria de Juan de Medina, el protagonista de *El buscador de gloria*, fue “imaginado” por las autoras de esta obra, ya que no supieron lo que le pasó a Juan de Medina cuando fue condenado a remar a lo largo de seis años en la flota española, y supusieron que, como la mayoría de los hombres que pasaban por esta experiencia, Juan había fallecido.

estudio a escala reducida desaparece con el cambio de situación. Éste puede ser el caso de Rosen, quien de modesto intérprete del consulado de Alemania en Jerusalén, pasó a ser Ministro de Asuntos Exteriores de su país (Zarrouk, 2002: 322). Este tipo de trayectorias cabe mejor en el marco de una biografía política o, en el caso de la historia de la traducción, en un estudio sobre la relación entre la traducción y la diplomacia que en un análisis microscópico propiamente dicho que, por definición, parte de una escala de observación reducida y diseñada para personajes modestos.

Generalmente, el intérprete suele ofrecer una experiencia más acorde en el ámbito de la microhistoria que el traductor. Ello se debe esencialmente a la naturaleza de su trabajo, a ese contacto continuo con el acontecimiento y sus actores. La trayectoria vital del intérprete se reviste de una dinámica que no suele caracterizar la vida de un traductor. Dicho esto, hay que resaltar que la distinción profesional entre la labor del traductor y la del intérprete no se remonta demasiado en el tiempo.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que, en ocasiones, y de manera puntual un autor determinado puede reducir la escala de observación sin albergar en realidad la intención de escribir un libro de microhistoria. Pondré un ejemplo. La biografía de Pierre Ruffin no se puede situar en su integridad en el marco de la microhistoria, entre otras razones porque el personaje estuvo involucrado en acontecimientos políticos que se situaron en el primer plano de las relaciones entre Francia y el Imperio Otomano. Henri Dehérain, sin embargo, recurrió a una reducción de escala que le permitió sumergirse en el mundo de los secretarios, escribanos e intérpretes que pululaban en torno a los protagonistas. Ruffin pertenecía a ese mundo, aunque llegara a irrumpir en el primer plano. A Dehérain no le interesaba primordialmente la Sublime Puerta (el sultán del Imperio): prefería perderse por los pasillos de Palacio. Es, precisamente, lo que situaría a fragmentos consistentes de su obra en el ámbito de la microhistoria.

Cada día bajaba (Pierre Ruffin) del Palais de France, situado en Galata, cruzaba el Cuerno de Oro, y pasaba largas horas atento y paciente en las galerías de la Sublime Puerta. Profundizó sus conocimientos de la lengua turca, penetró en los arcanos de la política otomana y se familiarizó con las maneras de los afendíes. ¡Qué lecciones para un orientalista de treinta años! (Dehérain, 1929 I : 8)

Lejos de dejarse fascinar por lo que ocurría en el escenario *principal*, Dehérain siguió los rastros de su propio protagonista y describió su entorno, aunque llegó a pisar este escenario *principal* cuando el objeto de su estudio estaba dentro del mismo. El autor no se contentaba exclusivamente con reconstruir la trayectoria de Pierre Ruffin, sino que también partía a veces del caso de este personaje para observar y contemplar al grupo de funcionarios subalternos que desarrollaban las mismas actividades que Ruffin en los comienzos de su trayectoria.

La microhistoria, en tanto que procedimiento historiográfico, brinda también la posibilidad de partir de lo particular para alcanzar lo general.

Los intérpretes, nada de tranquilidad. Se les veía tan agitados que se suponía que no gozaron de descanso alguno, incluso después de su muerte. De ahí esta bonita leyenda: los alciones que volaban sobre el Bósforo, que de la mañana a la noche “pasan y vuelven a pasar incesantemente hacia la mitad del canal rozando la superficie del agua llevando en su seno las almas de todos los antiguos drogmanes que, durante su vida, subían y bajaban cruzando el Bósforo para ir de las embajadas a la Puerta y de la Puerta, a las embajadas. (Dehérain, 1929 II : 150)

En otro contexto, Laurent-Charles Féraud (1876) resaltó el papel desempeñado por el cuerpo de intérpretes que estaban al servicio de Francia en Argelia. Aunque sería una inoportuna maniobra científica buscarle al trabajo de Féraud un acceso forzado al ámbito de la microhistoria, hay que subrayar que el autor recurrió voluntariamente a la omisión de los personajes principales del escenario de los hechos, así como a una reducción de la escala de observación, todo lo cual le permitió adentrarse y centrarse en el mundo de los intérpretes de árabe que Francia utilizaba en Argelia para comunicarse con los colonizados e infiltrarse entre ellos.

A veces, la descripción de la labor de este cuerpo se apoya en el relato de las misiones cumplidas por sus miembros, aunque Féraud no lleva a cabo un estudio sobre la colonización de Argelia, ni tampoco sobre el Ejército de África: lo que a él le interesa, insistimos, es el grupo de truchimanes de árabe que administrativamente dependían del Ejército de África. Concretamente, el autor resalta la figura del intérprete recadero Louis de Bracevitch, quien leyó en árabe ante el Dey de Argel las condiciones de los vencedores. Pero una vez más, ni vencedores ni vencidos representaban el objeto de estudio fundamental de su trabajo, como tampoco el remitente o el destinatario de los “recados”, protagonistas, sin duda, de una historia escrita en una dimensión macro. Aquí, el protagonista no pasa de ser el recadero que prestó su voz a los actores en este episodio de la historia de Francia y de Argelia (Féraud, 1876: 178-179).

Otro de los intérpretes a cuya labor se refirió Féraud es Adrien Hénon, a quien en 1842, siendo sargento-intérprete en Tremecén, se le encargó una misión muy delicada: debía averiguar qué tribus eran pacíficas y cuáles respaldaban al Emir Abdelkader, temible enemigo de la ocupación francesa en Argelia y a la sazón en el auge de su potencia. Para espiar cómodamente a las tribus argelinas, el intérprete fingió desertar.

Era necesario que un hombre sacrificado colmara esta laguna. Hénon, cuyo carácter era aventurero, fue seducido por tan peligrosa misión, ofreció sus servicios al general Bedeau y partió a hacer averiguaciones. [...] sufriendo hambre y sed, llegó a la tribu de Trara, donde lo recibieron cual a bestia venenosa. [...] Mas poco a poco se habituaron a él, y le dejaron cierta libertad. Él fingía siempre no saber árabe, de manera que pudo escuchar las conversaciones de sus anfitriones y conocer muchas cosas que después le serían de utilidad.

Más tarde, un malabarista marroquí de la secta de los Aïssaua pasó por la tribu de los Trara con su espectáculo, que le reportaba un poco de dinero. Hénon lo observó y se convirtió en su amigo: había comprendido que el trabajo de Aïssauí tenía su lado atractivo y que con él podría recorrer el país sin temor a ser arrestado. [...] disfrazado esta vez de indígena, huyó de noche de la tribu de los Trara y avanzó hacia el oeste bailando, haciendo malabarismos y payasadas y observándolo todo. Jornada a jornada avanzó hasta Fez, capital de Marruecos, haciéndose llamar Sidi Mustafá, de la secta de los Aïssaua, y diciéndose originario de una tribu tunecina con el fin de que nadie se viera tentado de averiguar su identidad entre los argelinos.

Tras casi un año de llevar vida de vagabundo, Hénon volvió a Tremecén. Cuando se presentó ante el general Bedeau estaba irreconocible. En la bolsa portaba 35 francos en moneda árabe que se había ganado con sus actuaciones de Aïssauí. Pero también llevaba con él informaciones preciosas que resultaron de gran utilidad para las posteriores expediciones dirigidas por el país. (Féraud, 1876: 294-296)

La misión confiada a Hénon formaba parte de una labor rutinaria entre los intérpretes de las distintas potencias coloniales, tanto en el contexto de la gestación precolonial, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, como en el de los protectorados. Por muy magnificada que fuera esta misión por el autor de la obra citada, que al fin y al cabo pretendía homenajear a los intérpretes de árabe, la labor de Hénon no era extraordinaria. Si en el primer caso mencionado Féraud resalta la labor realizada por un simple recadero, aquí se interesa por una misión asignada a un sargento-intérprete que decide jugarse la vida infiltrándose entre tribus que apoyaban la lucha armada contra la ocupación francesa. No se trata de ninguna batalla que cambiara el curso de la historia, ni de la hazaña de un militar galardonado; ni siquiera, de una operación de infiltración en la guerrilla del Emir Abdelkader. Tan sólo estamos ante una inmersión entre tribus, unas pacíficas y otras dispuestas a apoyar a la guerrilla, protagonizada por un humilde sargento aventurero que, disfrazado de *indígena*, vagaba por Argelia y Marruecos. Esta información, analizada de una manera tan pormenorizada por Féraud, en otro caso no hubiera pasado de ser una nota a pie de página de un hipotético trabajo sobre la *pacificación* del oeste argelino en los primeros años de la ocupación francesa.

4. A modo de conclusión

En los distintos archivos, públicos o privados, yacen documentos relacionados con traductores e intérpretes que prestaron sus servicios como funcionarios del Estado en distintos contextos históricos. Los datos que figuran en estos documentos ofrecen la posibilidad de reconstruir experiencias concretas, e incluso trayectorias completas, de traductores e intérpretes. El uso intensivo de la documentación es

uno de los procedimientos esenciales en un estudio microhistórico. A la luz de este método historiográfico, ningún detalle, por muy insignificante que parezca, debe ser subestimado. Ello se explica si tenemos en cuenta la dimensión microscópica en la que se sitúa el análisis, pero también, no debemos olvidarlo, a la vista de la escasez general de documentación relativa a traductores e intérpretes.

En este sentido, son escasas las ocasiones en que los estudiosos encuentran en los archivos públicos cuantos datos buscaban: entre las excepciones apenas podemos contar a los traductores o intérpretes que cuidaron con especial diligencia su correspondencia o que acostumbraban a redactar extensos informes, etc. Cuando surge este problema en una investigación microhistórica se suele recurrir al indicio como paradigma interpretativo fundamental. No se trata de especular frívolamente sobre una serie de acontecimientos para colmar de cualquier manera las lagunas dejadas por una documentación fragmentaria e incompleta. Aquí suelen intervenir una serie de cualidades que normalmente encontramos entre historiadores de gran competencia, tales como el “olfato” y la intuición. Es muy difícil para la “comunidad de historiadores de la traducción” desarrollar estos reflejos, por la sencilla razón de que los investigadores en la materia no se dedican exclusivamente a la investigación histórica. Por lo tanto es recomendable parar en el punto en que la escasez de documentación abra una brecha difícil de sortear.

Ser consciente de la dimensión en la que se realiza el estudio supone una gran ventaja para el historiador de la traducción. Es sabido que en muchos casos éste se deja *arrastrar* por su objeto de estudio, como hemos señalado antes, en detrimento del contexto. La reducción de la escala de observación puede contribuir a este aislamiento del objeto de estudio. Un aislamiento defendido, por cierto, por estudiosos como Ankersmit, que considera que el hecho de centrarse en los fragmentos antes que en conjuntos más vastos es la expresión más típica de la “historiografía posmoderna”. En otras palabras, los historiadores se interesaban en el pasado por el tronco del árbol o por las ramas, sus sucesores posmodernos se interesan únicamente por las hojas, que representan fragmentos minúsculos del pasado que investigan de forma aislada, independientemente del contexto más o menos amplio del que formaban parte (Ginzburg, 1994: 13-42). Esta restricción de las pretensiones del historiador es innecesaria en el sentido de que una compaginación entre la reducción de la escala de observación y los elementos ilustrativos que el contexto inmediato y general brindan al investigador es posible e incluso recomendable.

La fascinación de los historiadores de la traducción por el objeto de su estudio, que en varias ocasiones llegan a separar de su contexto histórico, es comparable, en la forma al menos, con una situación descrita por el escritor Cheikh Hamidou Kane en su obra *l'Aventure ambiguë*. En su reflexión filosófica, Hamidou Kane opone dos personajes del Senegal colonial: le Chevalier, un senegalés que defendía la creencia en lo oculto; y Lacroix, un francés laico. Cuando Lacroix afirmó que cada día que pasaba se descubría poco a poco la verdad gracias a la ciencia, le Chevalier pensó: “Están tan fascinados por el rendimiento de la herramienta que perdieron la inmensi-

dad infinita del taller.” (Kane, 1961: 88-89). “En vez de descubrir cada día pequeñas verdades, ¿por qué no descubrir la Verdad?”. Esta frase con que le Chevalier remató su reflexión no tiene que encarnar, en nuestro caso, la oposición entre dos opciones en pugna. Someter el pasado de los traductores y de los intérpretes a un estudio microhistórico no ha de tener como objetivo el descubrimiento de la verdad absoluta, si es que se puede llegar a una verdad de tales características en esta disciplina, incluso armándose de un indoblegable rigor científico.

Sin embargo, la modestia del procedimiento y de las pretensiones no han de constituir un impedimento ante la ambición de llegar lo más lejos posible. El hecho de ocuparse de las hojas no tiene por qué llevarnos a ignorar las ramas que las sujetan ni el tronco, con sus ramificaciones, ni tampoco el bosque en el que se halla el árbol. En otras palabras, ni la minúscula herramienta ha de acaparar nuestra atención ni tampoco el espejismo de la infinitud del taller. Sencillamente, no hay que alejarse exageradamente del entorno en el que encaja la herramienta, ni salirse del bosque en búsqueda de otros horizontes más amplios.

Bibliografía

- Braudel, Fernand (1979). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dehérain, Henri (1929). *La vie de Pierre Ruffin. Orientaliste et diplomate 1742-1824*. Paris: Librairie Orientaliste Paul Geuthner.
- Delisle, Jean (ed.) (1999). En *Portraits de traducteurs*, Ottawa: Presses de l'Université d'Ottawa.
- Féraud, Laurent-Charles (1876). *Les interprètes de l'Armée d'Afrique*. Argel: A. Jourdan.
- García Yebra, Valentín (1989). *En torno a la traducción. Teoría. Crítica. Historia*. Madrid: Gredos.
- (1994). *Traducción: Historia y teoría*. Madrid: Gredos.
- Ginzburg, Carlo (1994). Microhistoria: Dos o tres cosas que sé de ella. En *Manuscripts* 12, 13-42.
- Kane, Cheikh Hamidou (1961). *L'aventure ambiguë*. Paris: Julliard.
- Larbaud, Valéry (1946). *Sous l'invocation de Saint Jérôme*. Montrouge: Gallimard.
- Lefevre, André y AAVV (1995). Les traducteurs sur la scène du pouvoir. En *Les traducteurs dans l'histoire*, Jean Delisle y Judith Woodsworth (eds.), 137-160. Ottawa: Presses de l'Université d'Ottawa.
- Lépinette, Brigitte (1997). *La historia de la traducción. Metodología. Apuntes bibliográficos*. Valencia: Centro de Estudios sobre Comunicación Interlingüística e Intercultural, LynX, Vol. 14.

- Levi, Giovanni (1998). Sobre microhistoria. En *Formas de hacer historia*. José Luis Gil Aristu (Trad.). Madrid: Alianza Editorial, pp. 119-143.
- Santoyo, Julio César (1987). *Teoría y crítica de la traducción: Antología*. Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Serna, Justo y Pons, Anaclet (1993). El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria? En *La historiografía*, Pedro Ruiz Torres (ed.), 93-134. Madrid: Marcial Pons.
- Soltero Godoy, Margarita (1995). Reflexiones sobre la historia de la traducción. En *V Encuentros Complutenses en torno a la Traducción*, Rafael Martín -Gaitero (ed.), 451-458. Madrid: Editorial Complutense.
- Steiner, George (1998) *Après Babel*, Lucienne Lotringer y Pierre-Emmanuel Dauzat (trads.). Paris: Albin Michel.
- Testón, Isabel; Sánchez, Rocío y Hernández, M.^a Ángeles (1998). *El buscador de gloria. Guerra y magia de un hidalgo castellano del siglo XVI*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- Zarrouk, Mourad (2002). *España y sus traductores en Marruecos (1859-1936). Contribución a la historia de la traducción*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.